

En 4.º de mayo de 1768 escribía á d'Alembert: «Los misterios de Mitra nunca deben ser divulgados.... No importa cuál sea la mano que difunda la verdad, con tal que la verdad brille. Él es, se dice; es su estilo, su manera: ¿no le conocéis? ¡Ay, hermanos míos, qué funestas palabras! Por el contrario, debíais ponerlos en todas las esquinas diciéndolo: ¡No es él! Debe haber por lo menos cien manos invisibles que combatan al monstruo y que no pueda menos de sucumbir bajo mil reiterados golpes (1).» Él quería y no quería ser adivinado: era una eterna lucha entre el amor propio y el miedo: aparentaba temer la persecucion y la provocaba. Se afanaba en idear protestas que á nadie engañaban, para deshacer sospechas que luego provocaba él mismo por bajo cuerda, y á veces achacaba sus obras á escritores que ya habian muerto. «¡Qué bien han hecho Freret, Dumarsais y Boulanger, solia decir, en morir!» Lo que ciertamente admira es que se haya tolerado por espacio de veinte años que el autor bien conocido de tantos libros anti-cristianos haya proseguido ejercitando su pluma de un modo tan ultrajante para la Religion. Pero ¿no es aún mas digno de admiracion el que se haya tolerado que diez y siete de sus mas ardientes secuaces, en una reunion de filósofos celebrada en casa de madama Necker, decretasen erigirle una estatua que á un mismo tiempo debia ser como un homenaje de admiracion y como, segun solia decirlo él mismo, *un bofetón al fanatismo?*

No se limitó el Romano Pontífice á fulminar decretos contra los malos libros: escribió á Luis XV rogándole diese su apoyo á los obispos en las deliberaciones que iban á tomar, hallándose reunidos para la asamblea del clero de 1770.

Los progresos de la irreligion despertaban mas que nunca la solicitud de los prelados.

(1) Correspondencia con d'Alembert.

Aislados en sus diócesis, procuraban prevenir á sus rebaños contra la seducción por medio de sólidas instrucciones. De Beaumont, de Brancas, el cardenal de Luynes, arzobispo de Sens, de Fumel, de Termont, de Pressy, obispo de Boloña, de Montmorin y otros muchos, habian publicado en diversas épocas escritos para probar la excelencia y la divinidad de la Religion, respondiendo á las dificultades de la filosofía y robusteciendo la fé de los cristianos. Hallábanse dispuestos á reiterar estas buenas obras, y las reiteraron en efecto, como lo prueban: 1.º La Instruccion pastoral del obispo de Sens de 20 de diciembre de 1770, en la que caracteriza la doctrina de los incrédulos y condena en particular el *Sistema de la naturaleza*; 2.º Los numerosos tratados que aseguran al obispo de Boloña un puesto entre los mas celosos apologistas de la Religion; 3.º La Instruccion pastoral que Montazet, arzobispo de Lyon, publicó el 1.º de febrero de 1776, sobre las fuentes de la incredulidad y los fundamentos de la Religion; 4.º La que Mr. La Lucerne, obispo de Langres, publicó en 15 de abril de 1786 sobre la excelencia de la Religion. Los obispos, pues, no perdian de vista sus deberes: émulos de Pompignan, combatian los libros perniciosos, oponiéndoles buenas obras que atestiguaban su celo al par que su talento. Pero estos esfuerzos aislados ¿podian prevalecer sobre un partido fortificado por el deseo general de independencia, por la corrupcion de costumbres, la afición á la novedad, el prestigio de varios filósofos y la debilidad del gobierno? No, preciso era emplear algun otro medio, y pareció que el mas á propósito debia ser una protesta colectiva, un paso dado con la mayor solemnidad.

Ya las anteriores asambleas del clero habian manifestado al rey sus temores procurando interesarle en la santa causa de la fé. Los individuos de la asamblea de 1770, imitando este ejemplo, presentaron el 6 de mayo á

Luis XV una Memoria que contenia sus representaciones. En ella se manifestaba la inutilidad de las medidas tomadas por las anteriores asambleas, la muchedumbre cada vez mayor de malos libros, su impune circulacion, las bibliotecas infestadas de ellos, todas las provincias, todas las clases espuestas á la seducción, y la impiedad haciendo cundir sus producciones hasta por las aldeas, con el detestable objeto de amortiguar la fé y hacer aborrecible la autoridad (1). «Porque la impiedad, decia la asamblea, no limita solo á la Iglesia su animosidad y proyectos de destruccion: vomita al mismo tiempo su ponzoña contra Dios y los hombres, contra el imperio y el santuario, y no quedará satisfecha hasta que haya destruido todo poder divino y humano. Si esta triste verdad, señor, pudiese ser puesta en duda, fácil nos seria daros una prueba de ella en una de esas obras irreligiosas nuevamente derramadas entre vuestros pueblos, y en la que bajo el nombre especioso de *Sistema de la naturaleza*, el ateísmo, tomado en toda la acepcion de la palabra, se descubre y enseña con una audacia y frenesí de que no hay memoria en los siglos pasados. El autor de esa produccion, acaso la mas criminal de cuantas el espíritu humano se ha atrevido á producir, no cree aun haber hecho bastante daño á los hombres diciéndoles que no hay libertad, ni Providencia, ni ser espiritual, ni inmortal, ni vida futura; que todo el universo no es mas que obra y capricho de la ciega necesidad; y que la Divinidad no es mas que una quimera asquerosa, absurda y malhechora, que debe únicamente su origen al delirio de una imaginacion turbada por el temor, y cuya creencia es la única causa de todos los errores y calamidades que aquejan á la especie humana. Ese es

(1) Mem. para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII, t. 2, p. 539. B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VII.

critor se atreve aun á fijar su torva mirada sobre las sociedades y sobre los gefes que las gobiernan. En las primeras no vé mas que un vil conjunto de hombres afeminados y corrompidos, prosternados ante los sacerdotes que los engañan y ante los príncipes que los oprimen. En los gefes de los pueblos no ve mas que malvados y usurpadores que los sacrifican á sus locas pasiones y que no se abrogan el pomposo título de representantes de Dios, sino para ejercer sobre ellos mas holgadamente el despotismo mas injusto y odioso. En la armonía del sacerdocio con el poder soberano no ve mas que una confederacion formada contra la virtud y contra el humano linage. Se atreve á decir á los pueblos que los reyes no tienen, ni pueden tener sobre ellos, mas autoridad que la que los pueblos quieran confiarles; que estos tienen derecho á contrarestarla, á moderarla, á restringirla, á pedirles cuenta y aun á despojarlos de ella, si lo creen conveniente á sus intereses. Invítalos á usar con energía de estos pretendidos derechos, y les anuncia que no habrá para las sociedades verdadera dicha, hasta que hayan puesto trabas al poder de los príncipes y obligádoles á no ser mas que representantes del pueblo y egecutores de su voluntad. La anarquía y la independencia son, pues, el abismo en que la impiedad pretende sumergir á las naciones. Para dar la última mano á este abominable proyecto, es por lo que ella desde mucho tiempo á esta parte viene procurando relajar todos los vínculos que adhieren el hombre á sus deberes. En vano pretende encubrirse con la falaz apariencia de la sabiduría y del amor á las leyes: su horrible secreto acaba de escaparse, y ya queda convicta de ser tan enemiga de los pueblos y de los reyes como del mismo Dios. Y sin embargo; ¿quién lo creería, señor? Impúnemente se vende en vuestra capital un libro tan impio y tan sedicioso, y acaso á las puertas de vuestro mismo pala-

»cio. No tardará en penetrar hasta los últimos  
» confines de vuestro imperio, infiltrando en  
» los corazones el germen de la desobediencia  
» y de la rebelión. ¡Y entretanto enmudecen  
» las leyes! ¡Y la autoridad permanece tran-  
»quila sin pensar en arrancar de manos de  
» vuestros vasallos este monstruoso conjunto de  
» blasfemias y de principios destructores de to-  
» da autoridad!»

Después de haber hecho una reseña de los artificios de que se valían los distribuidores de malos libros y las tretas que la impiedad, auxiliada por la codicia, ponía en juego para esparcir su veneno, la asamblea preguntaba por qué razón la policía de la capital, tan hábil y poderosa al tratarse de otros asuntos, no fijaba también su atención en atajar las maniobras de la impiedad. «¿Pues qué, seguía diciendo la asamblea, para no detener el feliz progreso del espíritu humano, será preciso permitirle que todo lo destruya? ¿No podrá él ser libre sino cuando no haya nada sagrado para él? Esa libertad desenfrenada de publicar los delirios de una imaginación estraviada, lejos de ser necesaria al desarrollo del espíritu humano, no produce otro efecto que retardar su marcha, desviándole del verdadero camino, embriagándole con insensatas ilusiones y causando frecuentes turbulencias en los Estados. Esa fatal libertad es la que ha introducido en los isleños, vecinos nuestros, esa multitud informe de sectas, opiniones y partidos, ese espíritu de independencia y rebelión que tantas veces ha conmovido y ensangrentado el trono; esa libertad producirá acaso entre nosotros efectos aun más funestos, porque en la inconstancia de la nación, en su actividad, en su amor á las novedades, y en su ardor impetuoso é inconsiderado, hallaría medios en abundancia para producir los más extraños trastornos y para precipitarla en todos los horrores de la anarquía.» Aludiendo á la fermentación de los ánimos y á la excesiva libertad de los dis-

» cursos que se pronunciaron con motivo de ciertas desavenencias, de que no tardaremos en dar cuenta, entre el gabinete y el parlamento, la asamblea exclamaba: «¡Pluguiese al cielo, señor, que V. M. no hubiese tenido ya lugar de ver que esa libertad, á semejanza de todas las plagas, ha dejado funestos vestigios de su tránsito, que ha alterado la bondad del carácter nacional, y que casi en todas las clases ha introducido unas costumbres, unas máximas y un lenguaje desconocidos á nuestros padres, cuya fidelidad y amor á sus reyes no hubieran podido menos de alarmarse.»

Por último, los obispos denunciaban al rey nueve libros de los más malos que entonces circulaban, á saber: *Colección necesaria*, ó sea *Colección filosófica*, publicada por Naigeon; *Discurso sobre los milagros de Jesucristo*, traducido de Woolston; *El infierno destruido*, *El contagio sagrado*, el *Examen de las profecías que sirven de fundamento á la Religión* (tres obras que Naigeon atribuye al barón de Holbach); el *Examen crítico de los apologistas de la Religión*, publicado bajo el nombre de Freret, pero que no es de este académico; el *Sistema de la naturaleza*; el *Cristianismo sin velo*, por Damilaville; *Dios y los hombres*, atribuido por unos á Voltaire y por otros á Sissous de Valmire, que desempeñaba en Troyes las funciones de fiscal en el gobierno municipal. Por lo menos un libro bajo el mismo título fué denunciado al obispo de Troyes por los párrocos de aquella ciudad episcopal, y el prelado que era Mr. de Barral, lo condenó efectivamente en una pastoral de 18 de abril de 1772. El autor se retractó.

¡Vanias advertencias! ¡Inútiles consejos! El ministerio de Luis XV, indiferente ó cómplice con los filósofos, no estaba dispuesto á seguir las primeras ni á aceptar los segundos. A sus ojos la inquieta solicitud del clero era efecto únicamente de un terror pusilánime.

Como la asamblea no perdía de vista l

reparación de ningún daño, no se contentó con señalar los estravíos de la prensa y sus resultados inmediatos: pidió con instancia que se levantara el confinamiento de los eclesiásticos desterrados y se restablecieran los concilios provinciales, artículo sobre el cual el clero insistía incesantemente.

Pero lo que más honor hizo á esta asamblea, según dicen las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (1), fué la *Advertencia* dirigida en 6 de agosto á los fieles del reino sobre los peligros de la incredulidad. Nada podía causar más impresión que un aviso de esta naturaleza. Todo el cuerpo episcopal y todo el clero de segundo orden era el que, hablando por medio de sus diputados, manifestaba á los pueblos los inconvenientes de los nuevos sistemas y las ventajas de la Religión revelada. La asamblea anunció que hallándose estrechada por la corta duración de sus sesiones, no se proponía trazar el conjunto de las pruebas de la Religión, ni contestar á todas las objeciones de los incrédulos: limitábase, pues, á demostrar que las ventajas que promete la incredulidad, y la ciencia de que hace alarde, no son más que prestigio y mentira; que en vez de elevar al hombre, lo degrada; que en lugar de serle útil, le es perjudicial para su felicidad; y por último, que rompe los vínculos de la sociedad, destruye los principios de las buenas costumbres y trastorna los fundamentos de la subordinación y tranquilidad. Al mismo tiempo probaba que sin Religión no se puede tener un puntual conocimiento de nuestros deberes, ni fuerza para cumplir con ellos; que nuestra debilidad, nuestras imperfecciones, lo que sentimos en nosotros mismos, y lo que experimentamos fuera de nosotros, todo nos anuncia la necesidad y las ventajas de la revelación, y que solo esta es la que nos franquea las puertas de la verdad y de la dicha. Tal era el plan de

esta obra, que concluía exhortando á precaverse contra el peligro, repeliendo las lecturas perniciosas, en la que la fé de tantos había naufragado, y oponiendo los principios de la Religión y la práctica de la virtud cristiana, á las aberraciones del espíritu, á la manía de los sistemas y á la seducción de las máximas corrompidas. Esta *Advertencia*, impresa aparte, fué remitida á todos los obispos, que la repartieron por sus diócesis, añadiendo la mayor parte una Instrucción pastoral. Si este paso del clero no contuvo todos los progresos del mal, por lo menos fué una reclamación solemne de la iglesia de Francia contra los atentados de la filosofía.

Siendo esta demasiado hábil para no comprender que su imperio en el porvenir dependía de ganarse la juventud, nada descuidaba para irse insinuando en los establecimientos de educación. No le hubiera sido muy fácil salir airoso de esta empresa, si se hubiese presentado á cara descubierta; pero ella sabía en caso necesario cubrirse con la máscara de la hipocresía y desfigurar sus facciones para introducirse sin dificultad ó sin repulsa en donde quería. Siguiendo este sistema un profesor de historia de Tolosa, llamado Audras, arregló para uso de la juventud una edición del *Ensayo sobre la Historia general*, de Voltaire, haciendo algunas variaciones insignificantes en el texto original, pero conservando el tono y el espíritu del autor. Semejante astucia no engañó á los hombres ilustrados, cuyas quejas no tardaron en dejarse oír. Mr. Brienne, á pesar de los reiterados clamores de su clero, no se daba mucha prisa en estirpar este escándalo de su diócesis. Sin embargo, las reclamaciones crecieron hasta un punto que ya no le fué posible desentenderse; así que en 26 de agosto de 1770 condenó el libro de Audras, y este no tuvo más remedio que salir del colegio en el término de veinte y cuatro horas.

A las representaciones del episcopado se unieron por último las de la magistratura,

(1) T. 2, p. 363-366.

confesando oficialmente que los filósofos habían formado el doble proyecto de derribar el trono y el altar. «Se ha levantado entre nosotros; dijo el fiscal general Seguier en un energético requisitorio, una audaz é impía secta que decora sus errores con el nombre de filosofía. Sus partidarios se han erigido en preceptores del género humano. Su grito es la libertad de pensar..... Con una mano han intentado conmovier el trono, y con la otra derribar el altar. Su objeto era extinguir las creencias..... y la revolución, por decirlo así, se ha verificado. Sus prosélitos se han multiplicado, sus máximas han cundido, las monarquías han sentido vacilar sus antiguos cimientos, y las naciones llenas de asombro al ver destruidos sus principios, se han preguntado por qué fatalidad han venido á hacerse tan diferentes de sí mismas. Los hombres que eran mas á propósito para ilustrar á sus contemporáneos, se han colocado al frente de los incrédulos: han desplegado el estandarte de la revolución, y con este espíritu de independencia han aspirado á hacerse célebres. Una multitud de escritores oscuros, á quienes sus escasos talentos condenaban á eterno olvido, se han lanzado á la arena con la misma audacia... y el gobierno debe temblar de tolerar en su seno una secta ardorosa que al parecer no procura mas que sublevar á los pueblos con el pretexto de ilustrarlos.» El fiscal general, abandonándose á funestos presentimientos que tan cruelmente han justificado luego los hechos, dijo: «La impiedad no limita sus proyectos de innovación á dominar sobre los ánimos y á arrancar de nuestros corazones todo sentimiento de la Divinidad. Su genio inquieto, emprendedor y enemigo de toda sujeción, aspira á destruir todas las constituciones políticas. No se satisfarán sus deseos hasta que haya destruido esa desigualdad necesaria de rangos y condiciones, hasta que haya envilecido la magistrad de los reyes, y dado á su autoridad

un carácter precario, subordinándola á los caprichos de la multitud ciega, y hasta que, por último, á beneficio de extrañas mudanzas, haya precipitado el mundo en la anarquía y en todas las calamidades consiguientes á ella. Acaso esos pretendidos filósofos, entre el tumulto y el desorden á que habrán lanzado los pueblos, se proponen elevarse sobre el resto del vulgo, y decir que los que han sabido ilustrarle son los únicos dignos de gobernarle.» Seguier caracterizaba en seguida varias obras de la impiedad, deteniéndose particularmente en los monstruosos principios del *Sistema de la naturaleza*. Segun su requisitorio, el parlamento condenó al fuego, en 18 de agosto de 1770, siete obras, seis de las cuales acababan de ser denunciadas por la asamblea del clero. Estas obras eran el *Contagio sagrado*, *Dios y los hombres*, *Discurso sobre el milagro de Jesucristo*, *Exámen crítico de los apologistas de la Religión cristiana*, el *Cristianismo sin velo*, el *Sistema de la naturaleza* y el *Exámen imparcial de las principales religiones del mundo*, que el clero no habia comprendido en la lista de los que designaba el rey.

Es verosímil que esta última obra hubiese salido de la oficina del baron de Holbach cuya casa, dice Grimm, fué por mucho tiempo uno de los mas gratos asilos de los iniciados de la *Enciclopedia* y su mas célebre sinagoga. Este nombre de *sinagoga*, aplicado á la pandilla de Holbach, es tan digno de notarse como el de *parroquia* dado á las reuniones volterianas de madama Necker, á las que concurrían asiduamente el abate de Chauvelin, el conde de Argental, Mairan, Mirabaud, Foncemagne, Bachaumont, Voisenon, etc. De todos modos, de la sinagoga era de donde habia salido el *Sistema de la naturaleza*, que apareció bajo el supuesto nombre de Mirabaud, pero cuyos verdaderos autores fueron Holbach y Diderot, y editor Naigeon. Este libro, cuyo objeto era profesar el materialismo, destruir el dogma de

la existencia de Dios, y minar todos los tronos, es el mas acerbo fruto que produjo la reunion de los sugetos que Holbach atraia á sí con su fortuna y espléndida mesa. En medio de las distracciones de la sociedad, no es posible que este filósofo hubiese bastado por sí solo para componer todos los escritos que lanzaba contra el cristianismo: los incrédulos subalternos, que por su exaltacion eran excluidos de los demas centros filosóficos, ponian á su disposicion su ardor y su pluma; pero él mismo quiso distinguirse personalmente escribiendo una obra que tuvo la increíble fortuna de escitar la indignacion de Voltaire, de Federico II y de D'Alembert. «Esta obra, dice Voltaire en un pequeño escrito que posteriormente se insertó en el *Diccionario Filosófico*, es una filípica contra Dios. El autor intenta probar que la naturaleza existe por sí sola, y que ella sola es la que produce la sensibilidad y el pensamiento. Para avanzar una idea tan extraña, seria preciso apoyarla en algun principio, y esto es precisamente lo que el autor está lejos de hacer.» Escribiendo el 8 de agosto de 1770 á madama Du Deffant, le dice: «Un diablo de hombre, inspirado por Belcebú acaba de publicar un libro en que á cada página cree demostrar que no hay Dios. Este libro espanta á cuantos lo leen. Es tan difuso, como incorrecto y lleno de repeticiones.» A Chabanon escribió tambien en 28 de setiembre: «Las alas que han elevado al autor del *Sistema de la naturaleza*, en mi concepto no han hecho mas que conducir al caos... Esta obra no solamente causa un irreparable daño á la literatura, y contribuirá á que los filósofos sean odiados, sino que hará tambien caiga en ridiculo la filosofía. ¡Qué exceso de ignorancia, de torpeza é impertinencia decir friamente que con harina de centeno se pueden formar seres vivientes! Grande imprudencia es predicar el ateísmo; pero al menos no debía tener

su escuela en la casa de locos (1).» Dirigiéndose á Delille de Sales en 25 de noviembre, le dijo: «El autor del *Sistema* supone todo y no prueba nada. Su libro se funda en dos grandes ridiculeces... Solo para baldon eterno de la Francia se sirven los filósofos de esas ineptias para base de sus sistemas.» Sin embargo, despues de haber combatido el *Sistema de la naturaleza* por las máximas execrables en moral y otros absurdos en física, despues de haber criticado su estilo y haber encontrado «en este libro confuso cuatro veces mas palabras que las necesarias,» se escuchó con Grimm de haberse atrevido á tomar tanta libertad. «Preciso me ha sido hacer lo que he hecho,» le escribió el 1.º de noviembre, y si se pesasen bien mis palabras, se veria que nadie debía estar descontento de ellas.» A esto Grimm contesta sin pudor «que el patriarca no quiere acabar de desprenderse de su remunerador y vengador; que sobre este particular razona como un niño, pero como un niño hermoso cual él lo es.» Federico, en medio de sus triunfos, no pudo ver sin alarmarse el peligro que amenazaba á las sociedades. Descontento del *Ensayo sobre las preocupaciones*, habia hecho sobre esta obra algunas observaciones; mas cuando se publicó el *Sistema de la naturaleza*, hizo mucho mas, pues lo refutó. «Este libro ha hecho gran daño,» escribió á Voltaire en 29 de enero de 1771, pues ha hecho odiosa la filosofía. No se mostraba mas satisfecho D'Alembert, como se vé por lo que dijo, escribiendo el 16 de febrero de 1783 á Federico: «Tanto disgusto como indignacion me ha causado la increíble demencia y estupidez del autor del *Sistema*.... Quizá nunca la filosofía ha dicho un absurdo mas bestial, ni una falsedad mas notoria, aunque en otras muchas ocasiones no haya dejado de ser absurda y mentiro-

(1) *Correspondencia general.*